

## NOTAS

### Antonio Machado

*“Quebró una racha de viento  
la curva del surtidor”.*

A. M.

Hablar de Antonio Machado es hablar de España. De la España eterna y de la España actual; de la que hay que salvar y de la que lucha por salvarse. Repetir sus poemas es acercarnos a la realidad clamorosa del paisaje de España que esperaba la hora de la hondura y de la transparencia para resucitar en los ojos del poeta. Antonio Machado es el asombro iluminado de los campos y las mujeres y los ríos y los bosques y los pájaros de España. La voz que desentraña la entraña de su tierra. La reconquista del paisaje español, sólo es posible por quien ha padecido la historia de esa tierra en su carne y en su sangre, en su pasado y en su presente. Por quien ha vivido una vida terriblemente lejana, perdida, abandonada, transcurrida en Soría, en Baeza, en Segovia; vida española impregnada del desierto castellano, de sus rutas conocidas, de sus olivares, de sus campesinos, de su tedio, de su grandeza, de su miseria, de su piedad. Tiempo hundido en una meditación profunda y trágica, parecido en ocasiones al sueño o a la muerte. Su poesía escapa al análisis. Es la voz honda, breve, desnuda, murmurada “desde el umbral de un sueño” envuelta en nostalgias de infancia, de pena, de misterio. La voz temblando desde el cristal de la fuente andaluza, en el silencio del patio, hasta el duro sol de Castilla, entre sus colinas plateadas, sus oscuros encinares, sus caminos blancos, sus álamos del río y su dulce aus-



teridad. Andalucía y Castilla; la música es la voz del tiempo que pasa; la música pura, la voz del corazón; la voz en la música sin conceptualismo barroco y sin plástica. Y luego relámpagos como los del Greco, la Sierra petrificada y el rostro ensangrentado de la España trágica.

En Antonio Machado se armonizan el substrato andaluz que permanece siempre en su poesía: "Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla..." con un profundo sentido castellano y tradicional en el fondo, asimilado en sus años de permanencia en Soría cuando se orientaron sus ojos y su corazón hacia lo esencial castellano. Su poesía brota profundamente del espíritu en una evocación de su vida y de su pensamiento; en una resurrección de sus recuerdos, entre una bruma de melancolía, de misterio, de meditación. "Desde el umbral de un sueño me llamaron".

*"¿A dónde el camino irá?  
yo voy cantando, viajero  
a lo largo del sendero...  
—La tarde cayendo está—*

*"En el corazón tenía  
la espina de una pasión:  
logré arrancármela un día:  
ya no siento el corazón",*

Una lluvia de nostalgia empaña los cristales de la infancia. Una rama de limonero lánguido sobre la fuente limpia. Un patio silencioso. La yedra creciendo sobre el pretil de piedra —y un aroma de ausencia. Y el ala del misterio sobre la clara frente que medita en la soledad —"quien habla solo espera hablar a Dios un día".

Para Antonio Machado la poesía es la historia que plantean estos dos imperativos, en cierto modo contradictorios: esencialidad y temporalidad. Entre la necesidad de salir del tiempo por medio del pensamiento lógico que capta lo esencial, discurrendo entre razones inmutables, y el sentimiento trágico del tiempo que pasa, de la corriente fugitiva, fuera de la cual la vida del hombre no es absolutamente nada,

oscila la meditación del poeta, que quiere explicar su obra, puramente lírica. No concibe una poesía sin ideas, pero sabe que el intelecto no han cantado jamás. Las visiones de lo esencial, las ideas, no son sino directas instituciones de su propio existir.

Hundiéndose en la sima de sí mismo, contemplándose en su propia alma que era espejo de la tierra y de las almas de España, los caminos de la tarde que iba soñando Antonio Machado, eran los caminos del paisaje de España con sus colinas doradas, sus verdes pinos, sus polvorientas encinas.

Eran las mujeres de España que crecían como árboles de sueño en la frente del poeta. Era la mujer andaluza, la mujer de Castilla, la serrana morena, la mujer de España floreciendo su nombre entre sus labios.

*¡Por ti, Guiomar!...  
Tu poeta  
piensa en ti. La lejanía  
es de limón y violeta,  
verde el campo todavía...  
A ti Guiomar, esta nostalgia  
mía.*

Su voz se llevó todos los llantos de las fuentes de España, las hojas amarillas, las campanas de la tarde y las coplas que han escuchado los caminos carreteros. Pero sostenida por un soterrado calor de suelo de España hay una voz temblando en ese entrevisto trasmundo, muerte o sueño de su poesía:

*Mi cantar vuelve a plañir  
"Aguda espina dorada  
quién te pudiera sentir  
en el corazón clavada".*

*Anoche cuando dormía  
soñé ¡bendita ilusión!  
que era Dios lo que tenía  
dentro de mi corazón*

Y como tallo de llanto y luz del surtidor, en el silencio de un patio, su voz honda y depurada en un aire de melancolía, fue quebrada por una racha de viento.

*“Esta la fuente muda.  
“Hoy sólo quedan lágrimas  
para llorar.”*

CARLOS MARTIN

---

## Francis Jammes

No quería morir en septiembre. ¡Qué lindo el poema en que deja traslucir calladamente su temor a tener que marcharse antes que las golondrinas! Dios (que tanto lo había escuchado) le concedió pasar de esta vida a la otra poco tiempo después. No ha terminado aún la novena de las Animas, y en el aire del otoño tiembla el sonido de las campanas lugareñas y de los cantos en que los labradores piden al Señor que los libre del rayo y de la *subitánea muerte*. La montaña vuelve a su viento y a su nieve. La luz es como la de las estampas. Y en la noche, cada vez mejor y más grande, los pinos acercan el mar. El paisaje de Orthez abandona lentamente sus últimos oros, apaga su fuerza musical y se va encerrando con amor en un silencio de estrella, para no turbar el primer sueño del hombre que lo cantó para siempre.

Mientras reabro sus libros, un poco polvorientos ya, me pongo a recordar la época en que los leí por primera vez. Y me veo, allá por el año 1921, en una aldea de Orense o de Lugo, reflexionando sobre su valor y su alcance. Conservo todavía en la memoria la ventana que se abría frente al castillo del mariscal Pardo de Cela o aquella otra que miraba largamente las piedras dormidas de Santa María de Amaranate mostrándome hombres y cosas como los que tienen vida y nombre en la obra de Francis Jammes. No sólo el mismo paisaje y los mismos rostros vigorosamente simples, si-

